



Octavio Gamboa

(1923 – 1990)

*De luz y sombra somos,
nos vamos repitiendo,
somos días y noches
efímeros y eternos.*

*y como el agua somos
de la tierra y el cielo
y como el aire, amor,
unidos y dispersos.*

A decorative pattern of thin, parallel diagonal lines in a light gray color, filling the bottom portion of the page.

Noticias sobre mí mismo es el título de la breve autobiografía que **Octavio Gamboa Tobón** nos da a conocer en la última página del libro *Regreso al Valle del Cauca y poemas de viajes* (Cali, 1981), que se impone reproducir en esta ocasión. Nada mejor que sea el mismo poeta quien nos dé testimonio fidedigno de sus vivencias y nos transmita el compromiso que tuvo con la vida y con la fuente de su inspiración:

Nací en el cerro de Los Cristales, al occidente de Cali, el 31 de diciembre de 1923. Bachiller del Colegio de Santa Librada. Ingeniero civil de la Universidad del Cauca. Hice estudios de especialización en París. Trabajé en la construcción de la central hidroeléctrica de Anchicayá; después, durante diecisiete años, para el Lloyd's Register of Shipping; y durante otros diez alquilé mi conciencia a mercaderes japoneses. En 1980 regresé a mi montaña original y en ella escribí este libro.

Es mi tercer libro de versos. Los anteriores son Canciones y Elegías (1963) y La voz que llega del misterio (1977). El próximo se llamará La luz del mediodía. Yo soy lo que son mis poemas, y lo que diga sobre ellos no tiene importancia: ni me aumenta ni me disminuye.

Sin embargo, aquí quiero decir que escribo versos con metro, ritmo y rima porque puedo. Porque tuve alguna facilidad inicial para aprender mi oficio. Soy como un carpintero que sabe escoger la madera, cortarla, pulirla y ensamblarla. Finalmente porque creo que los poetas debemos responder al ritmo del corazón humano; al balanceo de las cunas; a la vibración de la luz; al oleaje del mar y a la palpitación de las estrellas.

Me he comprometido en muchas cosas, pero cuando escribo sólo me comprometo con la vida. Con la vida grande, buena, con esta y optimista que podemos advertir en las manos de los obreros y los campesinos.

A lo anterior cabe agregar que siendo estudiante de Ingeniería Octavio Gamboa fue profesor de literatura en el Liceo de Bachillerato de la Universidad del Cauca, en Popayán; estudios profesionales que había iniciado en Medellín.

En entrevista realizada para el documental *Los Gamboa: Una Dinastía de Poetas* el escritor, poeta y ex presidente de Colombia

Belisario Betancur recordó su amistad con Octavio, como estudiantes en Medellín:

Yo tuve el privilegio de coincidir en nuestra muy remota historia de estudiantes en Medellín con Octavio Gamboa. Él estudiaba Ingeniería y yo Derecho y Filosofía, y formábamos parte de un grupo muy pretencioso llamado el “Grupo de los Seis”. Juntos realizábamos tertulias, elucubrábamos, éramos catedráticos en diversas universidades; teníamos veinte años y no nos cabía el alma en el cuerpo... Octavio se distinguía en el grupo por la sobriedad de sus conceptos, por el rigor y el castigo que le imponía a su poesía; una poesía casi seca, sin adjetivos, casi matemática, como él lo era.

Octavio fue hijo de Mateo Gamboa Herrera y Maruja Tobón y tuvo nueve hermanos: Mateo, María Teresa, Estela, Carmen Lira, Gustavo, Eleonora, (la madre de Miguel Fernando Caro), Jorge, Carlos Arturo y Colombia. Su hermana Colombia, en el documental señalado con anterioridad, nos cuenta:

Crecer en una casa donde la poesía hace parte fundamental de la existencia es crecer en un mundo distinto, un medio ambiente que nos marcó a todos, desde la época de mi tío Isaías, de mi padre y luego, claro está, de mi hermano Octavio.

Luego de *La luz del medio día* (1982), en 1989 publicó *Palabra en el tiempo*, que lleva un prólogo del escritor Juan Lozano y Lozano y del cual es preciso traer, así sea en parte, su autorizado concepto:

El libro que comento (La voz que llega del misterio) coloca a Octavio Gamboa en la primera fila de los poetas colombianos contemporáneos y prolonga la alta prosapia espiritualista de los mejores poetas del Valle, de los cuales tienen también la compenetración con las cosas de la Naturaleza. Gamboa es poeta de traslúcida autenticidad que sorprende, ve, ama y expresa las sencillas cosas que rodean al hombre, embargado por las preocupaciones que él mismo se crea. La soledad, los

árboles, el viento, la música, las aguas de los cielos, las aguas de los ríos, las plantas de los huertos, ese complejo de emociones que es la casa de una familia, ese espectáculo a la vez luminoso y abismal que es una noche con estrellas. Todo en la poesía de Gamboa es habitual, profundo y misterioso y todo está expresado con sencillez y emoción desconcertantes.

Con anterioridad, su fraternal amigo, coterráneo y poeta Antonio Llanos, a finales de la década de los años cuarenta, en una página de la *Crónica Universitaria* de Popayán, escribió un comentario que, por los talentos y sentimientos de quien lo emite, no puedo menos que transcribirlo casi en su integridad:

La poesía empieza a manar honda y bellamente de la ardida entraña de Octavio Gamboa. Y puede decirse que sus poemas son casi todos elegíacos. Una música suspirante, una atardecida ternura, una vaga saudade han invadido sus versos, que todavía no son la afirmación de su gran temperamento lírico. En él encuentro un fervor apasionado por la hermosura escrita, quiero decir, un libre deseo de aceptación de las normas estéticas. Al contrario de lo se cree en esta época de disgregación, la poesía verdadera requiere un justo cauce verbal y que el poeta sepa traducir su emoción con lealtad a las palabras. El propio conocimiento de la lengua no es oficio vano, sino disciplina inteligente que no menoscaba, sino que enriquece la personalidad humana. Pero este sentido estético tiene que ir unido al inefable tránsito de la poesía. Quien logra este milagro atraviesa maravillosamente la atmósfera hechizada donde los arcángeles y los poetas se entienden por signos, como las estrellas...

Tiene Octavio Gamboa adentro, en el corazón, el inefable don de la poesía; no obstante las influencias perceptibles en su escasa y segura obra, se siente circular bajo la superficie de sus palabras el mágico río que embellece esta tierra de lágrimas. Y creo sinceramente que es un poeta auténtico, porque es un alma de amor. Las almas de amor serán mayormente glorificadas que las almas de entendimiento, ha dicho un místico. Y si alguno ama, comprende lo que dice esta voz.

Conviene señalar que en la mencionada página de la *Crónica universitaria*, vieron la luz los poemas *Canciones de Amor* y *Poema de la Muerte*, este último publicado de manera incompleta (siete estrofas). En esa misma época, también incompleto, apareció en un Suplemento Literario de *El Tiempo* de Bogotá. Por esta circunstancia y, además, porque su autor no lo incluyó en ningún de sus libros, aquí lo damos a conocer en su totalidad. Así como también se reproduce integralmente el poema de sus veinte años *Canciones de Amor*, poema del cual tan sólo publicó cuatro estrofas en el libro *Canciones y elegías*.

De época más reciente, el escritor y poeta Andrés Holguín, en su obra *Antología crítica de la poesía colombiana 1874-1974*, hace esta apreciación:

Son particularmente bellos sus poemas escritos en eneasílabos... una honda nostalgia, un hondo amor, un hondo pesar se transmiten a través de sus estrofas, una innata discreción, impregnada de esa timidez que es frecuente en los temperamentos poéticos muy agudos ha hecho que la obra de Gamboa pase completamente inadvertida para el público y la crítica. Pocos son quienes la conocen, aprecian, sitúan: es justo recatarla de ese prematuro olvido.

Sin duda alguna, la poesía de Octavio Gamboa se caracteriza por su sensibilidad lírica, por el dominio y la pureza del idioma, por la afluencia y lucidez de las imágenes y por la delicadeza, la musicalidad y el ritmo expresivo de sus cantos. Compenetrado íntimamente con el paisaje del Valle del Cauca, cantó con afecto lúdico el lugar donde nació, la tierra de todas sus querencias. El retorno a la comarca del amor y de sus sueños suscitó a su inspiración una entrañable recreación de seres y de cosas en el telar de los recuerdos: la casa solariega de los abuelos, las gentes campesinas, los árboles, la llanura, los caminos, los ríos, la armonía del viento, el titilar de las estrellas; como que su ser limita con la luz de una estrella... Así lo advierte:

*Recibí de los dioses,
por única tarea,
reunir los fragmentos
dispersos de una estrella*

En fin, Octavio Gamboa, el “bardo de la luz” y del misterio, fue un poeta auténtico y total. Así lo confirman plenamente los diversos poemas que recogemos en estas páginas, poemas que están precedidos con los destellos de un soneto de su primo, el poeta Carlos Hugo Gamboa:

EL BARDO DE LA LUZ

El bardo de la luz vive en la cumbre
de Los Cristales, hacia el Occidente;
allí, con las estrellas en la frente,
tiene para escribir su propia lumbre.
No hay en sus versos esa pesadumbre
que se arraiga en el alma duramente;
pero no es su sentir indiferente
del dolor a la humana servidumbre.
El bardo de la luz bien me decía
que desde el mirador de su cabaña
había visto “la luz del medio día”...
Yo digo más: si desde su montaña,
y con el prisma de la poesía,
dice que ha visto a Dios, no nos engaña!

Carlos Hugo Gamboa

Réstanos agregar que Octavio Gamboa además de poeta fue un escritor de aquilatada pluma, tal como lo demuestran sus frecuentes artículos periodísticos que, con el título de *Los trabajos y los días*, publicó en *El Pueblo* de Cali. Y una muy significativa particularidad de su vida artística y profesional: la inmensa predilección por la música clásica; de aquí sus poemas dedicados a Bach, a Mozart y a Beethoven. Con razón no pudo menos que musitar alguna vez: *Sólo quiero que un día de mí se diga que fui un hombre que llegó a los cuartetos de Beethoven.*

Otra de sus predilecciones fue su amor por la pesca, afición que lo llevaría a visitar ríos y lagos de Colombia, ya fuera solo o en compañía de su esposa Emma Alder y de sus hijos Alejandro y Juan Cristóbal. El río, el agua, el cauce y la corriente, los pececillos *que tienen el color de tus ojos* están siempre presentes en su poesía. En el poema *Los pescadores solitarios* Octavio nos dice:

*Los pescadores solitarios
lentamente se vuelven ríos
ponen la sangre horizontal
y reflejan el infinito.
Reciben claros afluentes
que hacen su fondo cristalino
y en esta nueva condición
el hombre queda diluido...*

En entrevista realizada para el documental que hemos venido mencionando, la poeta María Mercedes Carranza, hija del ilustre poeta y escritor Eduardo Carranza, amigo de Octavio, Directora de la Casa de Poesía Silva hasta su muerte, nos describía el porte y la figura de Octavio con estas palabras:

Octavio era un poeta tímido, recatado, que le gustaba permanecer a la sombra, lo cual fue una lástima, pues impidió que su poesía se conociera más en su momento y por eso es importante divulgarla. Octavio ocupa un lugar preponderante en la generación que post-piedra-cielista de la literatura colombiana, dentro de la generación de Fernando Charry Lara, Rogelio Echevarría, Andrés Holguín. La Casa de Poesía Silva lo invitó en 1989 a dar un recital y él llegó, no se me olvida, todo vestido de blanco y como un sacerdote oficiando nos leyó sus poemas a la naturaleza, poemas salidos de su montaña, de sus montes, de sus nubes bajando de la cordillera.

De estas palabras de María Mercedes surge en nuestras manos el poema de Octavio *Un hombre vestido de blanco*, hombre que puede ser él y no ser él, una sombra blanca que aparece y desaparece por encanto:

*A veces lo siento a mi lado
siempre está vestido de blanco.
Parece venir de muy lejos
por caminos hondos y vagos.
Pero no tiene forma fija
ni ocupa sitio en el espacio.
Se diría que es solo aire
endurecido y opacado...*

Antes de su muerte había regresado de Bogotá a su Mameyal querido y se encumbró en la casa de piedra que había construido mirando al valle de sus amores. El alma de Octavio Augusto Gamboa Tobón se apagó, para desdicha del Olimpo colombiano, en Cali en el año de 1990.

› BIBLIOGRAFÍA

- Canciones y Elegías*, Editorial Norma, Cali, 1963.
- La voz que llega del misterio*, Litografía Arco, Bogotá, 1977
- Regreso al Valle del Cauca y poemas de viajes*, Editora Londir, *El Pueblo*, Alcaldía de Santiago de Cali, Cali, 1981.
- La luz del medio día*, Carvajal S.A., Cali, 1982
- Palabra en el tiempo*, Editorial Pacífico, Cali, 1989.
- Canción encantada y Poema de la muerte*, en *La poesía en el Valle del Cauca*, Extensión Cultural, Imprenta Departamental, Cali, 1949.
- A un estudiante caído*, en *Síntesis de la poesía colombiana antología 1952 – 1964*; Edit. Hispana, Bogotá 1964, pág. 119.
- Canción entre hadas y A un aviador muerto*, en *Revista de la Universidad de Antioquia*. Poetas de Colombia 7, El Valle del cauca, núm. 158, julio – sept. de 1964. Págs. 23 – 25.
- Octavio Gamboa, en *Antología Crítica de la poesía colombiana 1874 – 1974* por Andrés Holguín, Biblioteca del Centenario del Banco de Colombia, Editorial Op. Gráficas Ltda., Bogotá, 1974, pág. 187.
- Vuelve amor y necesito estrellas, La llamada, El amigo olvidado, Epitafio y Sobre un tema de Jung* (poemas), en *Antología Crítica de la poesía colombiana 1874 – 1974*, por Andrés Holguín, Biblioteca del Centenario del Banco de Colombia, Editorial Op. Gráficas Ltda., Bogotá, 1974, págs. 188 – 194.
- Octavio Gamboa, en *Poetas Colombianos, Olimpo, Parnaso, Llanura, Báratro, Tártaro, Las damas* por Enrique Uribe White, Editorial Carrera 7ª Ltda., Bogotá, 1979, págs. 23 – 24.
- Octavio Gamboa, en Rogelio Echavarría, *Quién es quién en la poesía colombiana* Ministerio de la Cultura, El Áncora Editores
- El bardo de la luz*, en Carlos Hugo Gamboa, *Más allá de la noche*, inédito.
- Los Gamboa: Una Dinastía de Poetas*, Documental realizado por la FUNDACIÓN ‘VERSO A VERSO’, Cali, 2003
- En 1982, el compositor colombiano Luis Carlos Figueroa Sierra compone la canción *Elegía del Regreso*, con letra de Octavio Gamboa.

La Poesía de Octavio Gamboa

..... SELECCIÓN

Con el Silencio estoy en Armonía

Estoy en armonía con la rosa,
con el ímpetu rojo de la vida,
con el futuro que se me revela
palpitando en estrellas y semillas.

Estoy en armonía con el agua,
con la enterrada y la recién nacida,
con la que baja del cielo cuando llueve
y en el río se vuelve poesía.

Estoy en armonía con el viento,
con su clara palabra fugitiva
dicha al pasar, como una vieja copla

que encierra toda la sabiduría.
Con el mar, con la tierra, con el cielo.
Con el silencio estoy en armonía.

Atardecer

La batalla que el tiempo nos gana cada día
la comprobamos al atardecer
cuando el viento nos dice con su suave melodía
que muchas hojas muertas lloraron al caer.

Entonces nos invade honda melancolía
que diluye el recuerdo de un rostro de mujer
y la primera estrella, como la poesía
otra vez ilumina lo que quisimos ser.

La batalla que el tiempo nos gana cada día
Comienza al despertar, con el amanecer,
y termina en la orilla de la noche sombría.
Una campana dice que no hay nada después.

Hay un combate rudo perdido en cada instante.
La rosa nos repite que morirá también.
Todo lo que el silencio agrega al caminante
lo comprobamos al atardecer.

Canciones de Amor

I
Ya para mí no son las rosas
dulces pétalos transitorios:
son hermosura perturbada
por un juego mucho más hondo.
Las rosas cambian de sentido
después de haber visto tus ojos.

Y el aire, el aire que se lleva
en hoja seca mis palabras,
ya me parece que está lleno
de eternidad como tu alma.

El árbol alzaba en la infancia
su verde salmo hacia los cielos.
La tierra formaba sus hojas
para el sombrío de los sueños.
Hoy lo amo porque su fruto
me sabe a labio verdadero
y porque el musgo de su tronco,
lleva mi mano a tu recuerdo.

Antes me eran los luceros
el país de los sueños blancos.
Desde ellos bajaba la luz
sencillamente, como el llanto.
Hoy tan sólo me son tus ojos:
tus ojos, sí, tus ojos claros.

Yo sólo puedo ver los ríos
a tu imagen y semejanza.
Confuso en valles y colinas
es tu cuerpo al mar el que baja.
Y tu pecho, también de río,
en onda doble se levanta.

¿Cómo eran antes los días?
Tendida de oriente a occidente
estaba la luz sobre el tiempo
como una doncella en la nieve.
Las miradas se entrecruzaban
en su milagro transparente
y las palomas en sus alas
traían la forma de su frente.

Ahora la luz eres tú
y dulcemente me iluminas
cuando juntando mis rumores
voy formando mi poesía.
Y cuando voy entre la sombra
buscando memorias perdidas,
tú me das en honda mirada
lo que el azul me negaría.

Y qué tan fácil se hace el mundo,
y qué tan claros son los días.

II
Yo te amo porque eres niña
Y eres tan leve como el viento,
para el amor tiene tu alma
la altura justa del lucero.

La marea de la ternura
sube en la playa de los sueños;
a su rumor yo me abandono
amor mío, como a tus besos.

Para estar más juntos aun
la misma estrella miraremos.
La espina alerta entre las rosas
nada podrá contra los sueños.

Posa tus manos en mis manos,
junto al mío deja tu cuerpo.
Para dar paso a la alborada
comienzan a abrirse los cielos.

III

Hay dulces palabras que llegan
hasta el fondo del corazón
pero tan sólo entre las tuyas
está el milagro del amor.

Y tantos ojos que nos miran
entrecerrados al besar
y tantas bocas que nos juran
que otras bocas no besarán.

Y manos hay que sostendrían
una nube contra el azul,
pero las tuyas son tan leves
que en ellas reposa la luz.

A mis preguntas amorosas
cuando no te podía ver,
el cielo con tanto lucero
nunca me pudo responder.

Tu dulzura es una manera
de acompañar mi soledad.
Con la mirada me rodeas
como la fragancia al rosal.

Encontrar que tus ojos miran
al hondo valle en que nací
y que tu boca me sonrío
cuando yo iba a sonreír.

Y ver mi infancia repetida
en el cielo de tu niñez:
la misma tarde junto al río
y la misma luna después.

Como vimos los mismos árboles,
la misma, la misma flor,
cuando tú sueñas a mi lado
me parece que sueño yo.

IV

El amor es decir que te amo
y mirarte, y volverte a mirar.
Buscar en mi alma estos versos
para tener en qué llorar.

El amor es decir que eres bella
como la estrella, y volverlo a decir.
Es decir que la muerte no
podrá separarme de ti.

Ambos tenemos veinte años
contados canción a canción
porque cantamos repartidos
en corazón y en oración:

recordad que el amor nos llega
con las lágrimas. Recordad
que este tiempo será llamado
el divino tiempo de amar.

Para los dos no existe el tiempo
que alcanzaba para sembrar
y recoger. Para los dos
sólo existe el tiempo de amar.

Porque he mirado tu hermosura
ya sé cómo es mi corazón.
En silencio besas la Tosa
y el cielo sube por mi voz.

Y me parece que el lucero
es más azul, más claro y más
cercano a nosotros ahora
que tenemos el don de llorar.

Y me parece que la muerte
nunca vendrá, nunca vendrá,
porque tenemos en las manos
oprimida la eternidad.

Destino

Recibí de los dioses,
por única tarea,
reunir los fragmentos
dispersos de una estrella.

Los he ido encontrando
regados en la tierra
y yo los reconozco
como a la primavera.

Bajo la luz del sol
su sombra no proyectan
siendo luz ellos mismos
sin mancha de tiniebla.

Siempre los recibí
solo de manos buenas,
de viejos campesinos
de mirada serena.

De mujeres que habían
trabajado en las eras,

hundido la semilla,
gozado la cosecha.

De niños que salieron
pálidos de la guerra
y que solo anhelaban
elevar sus cometas.

De leñadores rudos
que, como la madera,
dejaron en el bosque
la infancia entre la niebla.

Me alargaban las manos,
sencilla y doble ofrenda,
y en ellas recibía
fragmentos de mi estrella.

Para tenerlos juntos
yo recorrí la tierra
y embellecí mi cerro
con claridades nuevas.

Desde el valle se notan
resplandores de hoguera
que libran de la sombra
la casa del poeta.

Aprendí el dulce oficio
de convivir con ella:
soledad luminosa,
estelar experiencia.

Todo mi ser limita
con la luz de una estrella
que me rodea ingrávida
como una madre aérea.

Hablo del olor de la Amada

Me gusta tu olor a penumbra,
a madera puesta a secar,
huelas al reposo del viento
en lo más hondo de un pinar.

Huelas a fogata distante,
la que en la niñez encendí
y aún me aroma la memoria
como el recuerdo de un jardín.

Huelas a secreto de bosque,
el que nadie descubrirá
porque está cubierto de musgo
que es el silencio vegetal.

Huelas a todo lo que amo,
lo que tengo y lo que tendré,
huelas al color de la aurora
y al calor del atardecer.

Cuando te ciño con mis brazos
me parece que aprieto el mar,
huelas al yodo de la *Ilíada*,
amarte es como navegar.

Es vivir en el borde alado
de la luz y la oscuridad,
sumar los aromas azules
de las montañas y del mar.

Os habla el Dueño del Silencio

Yo soy el dueño del silencio.
Me lo legaron los abuelos
y lo recibí de mi padre:
era su tesoro secreto.

Por su manera de callar
supe que eran hombres buenos
y sencillos como el arroyo
que descendía de los cerros.

Ellos callaban como calla
interminable, el firmamento.
Como la noche, eran profundos
y se llenaban de luceros.

Aprendí a leer en sus ojos
lo permanente y pasajero
y me di cuenta que eran ríos
porque diluían el cielo.

Crecí regado por sus manos
como samán o como almendro:
a veces me dobla las ramas
tanta belleza que sostengo.

Con el silencio recibí
cien palabras dichas en verso,
y este es mi ritmo natural,
os hablo como hablaban ellos.

Adonde vaya me rodea
la concavidad del silencio.
Hasta el rumor del mar se acaba
cuando lo miro desde lejos.

Cuando paso se calla el bosque
con un verde y hondo silencio
y cuando planto una semilla
es el silencio lo que siembro.

Cuando termino de cantar
oigo el vacío del misterio:
es la nada terrible y honda
la que se aprieta entre mi pecho.

Para Vencer la Soledad

Para vencer la soledad
es necesario que el silencio
sea tan hondo, que podamos
oír si nos llama un lucero.

Para vencer la soledad
es necesario que la lluvia
nos humedezca las raíces
enterradas de la ternura.

Es necesario que la niebla
que nos separa de la infancia
sea rota por el tañido
crepuscular de una campana.

Para vencer la soledad
es necesario que la noche
no nos quepa en el corazón
y se nos riegue por sus bordes.

Para vencer la soledad
es necesario que tú vuelvas
para leer entre tus manos
el destino de las estrellas.

Si tú me lo Preguntas

Si tú me lo preguntas
te diré que fue el viento.
Todo lo que yo sé
me viene del misterio.

Enigma que en el aire
confuso de los sueños
se hizo raya en mi mano
y a mis pies fue sendero.

Yo soy el que camina
por el bosque secreto.
Desde la otra orilla
alumbrado regreso.

Y soy tan solo un hombre
frente al espacio inmenso
que oye el oleaje
de otro abismo en su pecho.

Cuando callo es que el mar
también está en silencio.

Germinación

En este lado de la vida
las hojas caen lentamente
porque en el árbol recibieron
preparación para la muerte.

En este lado de los sueños
la lluvia cae dulcemente
y alarga el tiempo en cada gota
como esperando que regrese.

En este lado de la sombra
oigo una música muy leve
que también baja hacia el silencio
por el declive de la muerte.

En este lado del olvido
una campana le disuelve
y de la mano de la niebla
en el bosque desaparece.

Pero al otro lado se oye
que germinan hondas simientes
y que en la alta noche se cruza
lo que nace con lo que muere,

lo que canta con lo que calla
lo que se va con lo que viene.

Final

De vida y muerte, amor,
todos estamos hechos
así como la música
de sonido y silencio.

De mentira y verdad
así como los sueños,
de lágrima y sonrisa
en oleaje alterno.

De luz y sombra somos,
nos vamos repitiendo,
somos días y noches
efímeros y eternos.

Y como el agua somos
de la tierra y el cielo
y como el aire, amor,
unidos y dispersos.

Futuro

No quedará de mi ceniza
sino estos versos que me duelen
pero que mañana serán
de los que saben del amor
acompañantes permanentes.

Árboles hay que se renuevan
y otros que aroman largamente
después de haber sido talados
y que no mueren con la muerte.

Poema de la Muerte

Hace ya tanto tiempo que no pienso en la muerte,
desde el hondo momento en que besé tus manos,
que olvidé por completo que yo seré alimento
de los árboles verdes en que anidan los pájaros.

Tanto tiempo que sufro por un beso indeciso,
por una margarita con un pétalo menos,
que he olvidado la ruda verdad de que yo existo
para volver al fondo terrible del misterio.

El amor me redujo a la melancolía
como el cielo, en la tarde, se reduce al lucero,
y me dio de la muerte una visión borrosa
que llegaba y se iba como todos los sueños.

Pero hoy siento la muerte arraigada en mi alma
con su símbolo duro de cal y de silencio,
que ya puedo decirle al hombre desolado:
hermano, compartamos la harina y el misterio.

La rosa se me entrega por razón de hermosura,
porque sabe que yo cantando la devuelvo

perfecta en su fragancia, bella por fugitiva,
al poema que cambia eternidad por pétalos.

De la mujer que amé, Dios mío, sólo queda
ceniza en la memoria, hoja seca en el viento,
y esa melancolía que nace con la tarde
cuando mi corazón insiste en el lucero.

En sus manos tomaban todas las cosas puras
redondez bondadosa de pan o corazón.
Era, como los árboles, de la tierra y del cielo,
y yo la amé, la amé con el más grande amor.

Así como este amor tan puro ya no existe,
entregaré a la tierra todo lo que yo tengo.
Mis versos ya no pueden contenerme en las lágrimas.
Como agua bajo tierra me socava el misterio.

Quiero dar testimonio de la bondad humilde
de la tierra, que acoge el niño y el cordero
con fiel sabiduría de madre igualadora.
Además los poetas bajo la tierra ardemos.

Quiero que me posea la tierra para siempre.
Entregarme a los grandes fantasmas de los sueños.
Que se reparta mi corazón entre la savia,
que se sequen las hojas y se las lleve el viento.

Elegía a León de Greiff

Era el señor de las palabras.
Sabía todos sus sentidos.
Las miraba contra la luz
como a las hojas del estío.

Las lanzaba contra la noche
y conocía su destino
porque volvían a sus manos
humedecidas de infinito

Era hosco porque era tierno,
porque así es el pan de trigo,
duro y quemado en la corteza,
en las entrañas blando y tibio.

En la vejez se parecía
a Booz en el sueño bíblico:
en él comenzaba la vida
interminable como un río.

Nadie fue más sabio que él
en el amor y en el olvido,
en la hoguera y en la ceniza
que guarda carbón encendido.

Vivió exaltado en el silencio
semejante al añoso vino,
purificando esencias rojas,
siendo él mismo lagar y filtro.

No sabemos adónde fue
ni sabemos de dónde vino.
Llegó del fondo del misterio
y en el misterio se deshizo.

Era del mar y de la estepa,
Ulises hondo de sí mismo.
En su vieja pipa quemó
tedio de todos los caminos.

Halló en la música más alta
la explicación de su destino
y hacia allá lo vimos partir
sin más bien que su propio ritmo.

Nos dejó todas sus palabras
y murió revelando el mito
guárdelo Apolo en sus altares
con Luís de Góngora y Darío.